

ella, ó sigue los impulsos de su libertad; y el segundo, sometido á la Inteligencia Suprema que conoce todas las causas, y á la Voluntad Absoluta que las ordena todas y las hace converger, sin violentarlas, á la unidad, que es El mismo, y solo El mismo.

Sí; Dios sabe desde toda eternidad, que los hombres que han de ser reprobados, se perderán á sí mismos: pero no los crió para que se perdiesen, ni para reprobarlos. Ellos se pierden, á pesar de Dios, que les imprte su gracia para que no se pierdan; y son reprobados por El, á pesar de que quisiera salvarlos. Expliquémonos y veremos con esto solo deshecha la tremenda objecion, que ya con lo dicho se encuentra desbaratada.

## CAPITULO XXXVI.

### SUMARIO.

La condenacion del hombre á pesar de Dios que lo quiere salvar, no arguye crueldad ni falta de poder en Dios, ni pequeñez, sino por el contrario, grandeza en el hombre.—Esre, criado libre, fué abandonado *en manos de su propio consejo*.—En la libertad estriba la grandeza del hombre; ella es el pedestal de su dignidad y de su gloria.—La justicia es una balanza.—Si uno de sus platillos puede levantarse hasta los cielos, el otro puede descender á los abismos.—No hay razon por qué Dios no hubiese dado al hombre la libertad, siendo esta en sí misma buena.—No debía haberle dotado de una libertad infinitamente perfecta como la suya.—Dios no hace dioses.—La facultad de hacer lo malo y lo absurdo no es poder, sino falta de poder.—No hay razon por qué Dios se hubiera abstenido de criar al hombre solo porque preveía que abusaria de la libertad.

En efecto, se pierden, á pesar de Dios que les imparte su gracia, y son reprobados por El, á pesar de que quisiera salvarlos. Y esto, sin que se pueda acusar á Dios de cruel y sin que sea

ménos infinita, permítase ne la frase, su omnipotencia. Y esto, sin que el hombre baje de su nivel y se empequeñezca, sino por el contrario, dejando traslucir, en medio de su misma eterna desgracia, que ocupa el primer peldaño en la escala de los séres que forman el conjunto que llamamos universo, y ostentando, hasta en la abyeccion, los timbres de una grandeza que no es conocida de las otras criaturas que están bajo de su dominio.

El hombre se pierde y se solva eternamente, si lo quiere; *Dios le ha dejado en manos de su propio consejo* (1): es árbitro de su destino y señor absoluto de sus acciones; nada en el mundo es capaz de obligarle por la violencia á este ó aquel acto; sé encara temerario al mismo Dios, como Luzbel, y como Atila se torna en azote suyo. Si no puede hacer todo lo que quiere, puede querer todo lo que hace y deja de hacer, y queriendo, cumple su voluntad.

En esta temerosa facultad estriba su grandeza y se asienta el pedestal de su dignidad y de su gloria. Por ella, más que por otra cualquiera, aparece ser la imágen y semejanza del que le criara á imágen y semejanza suya. Sin ella,

(1) Ecles. XV. 14. Reliquit eum in manu consilio sui.

lo más grande, lo más excelente en él, sería el instinto, vendría á ser como las bestias, y no su dominador. Sin ella, no podría aspirar á nada excelso, á nada superior, á nada que estuviera fuera de los límites del universo. La cadena de oro que une á éste con el cielo, se fundiría, si es que hubiera sido forjada; el puente de diamante suspendido entre el escollo por donde hace su penosa peregrinacion, y aquel océano de felicidad en que quiere engolfarse con una voluntad que nada quebranta, vendría á tierra, si es que hubiera sido colocado sobre tan prolongados abismos.

El hombre se pierde porque es libre; porque es libre se salva. La felicidad suprema y la eterna desgracia solo existen para los séres libres. No hay para el hombre premios, si no hay castigos; no hay premios eternos, si no hay castigos perdurables. La justicia es una balanza, cuyos platillos suben cuanto bajan. Querer que subiera el uno sin que el otro bajara, es pretender un imposible. Si, pues, colocado en uno de ellos un hombre á quien elevan sus virtudes, puede levantarse hasta las inconmensurables alturas de los cielos, también podrá descender á las profundidades de los infiernos el hombre á quien abantan sus vicios.

¿Queriais que Dios no le hubiera dotado de libertad? Ruines, entónces que sois, pues desertaís de la humanidad, y vais á demandar un puesto en una piara de cerdos, en un rebaño de carneros, ó en una bandada de buitres.

Y ¿por qué Dios no le habria dado la libertad? ¿Es acaso esta un mal esencial? ¿No es, por el contrario, un bien, una perfeccion? O ¿queriais que le hubiera dado una libertad de que no hubiera podido abusar? Y ¿medís siquiera el alcance de vuestras palabras? ¿calculais hasta qué punto llevais vuestras pretenciones? Si en algo de ello os ocupárais, os abstendriais aun de imaginarlo, al ménos para no dar al mundo vosotros mismo testimonio de vuestra necedad y de vuestra ceguera. ¿Sabeis qué cosa es la libertad puesta al abrigo de todo abuso? Es una libertad perfectísima, infinitamente perfecta, que supone una inteligencia perfectísima, tambien infinitamente perfecta: que supone todavía más, un ser perfectísimo, infinitamente perfecto.

¿Podia Dios dar á sus criaturas semejante libertad? Responded; no es un misterio lo que quiero que me expliquies; es una verdad de aquellas que van con nosotros á donde quiera que vayamos; que vemos, aun cuando hayamos tenido la desgracia de cegar y aun cuando hu-

yamos de ella los ojos que temen lastimarse con su luz.

Dios no podia dar esa libertad á ninguna criatura, con todo y su omnipotencia sin límites. Dios no puede hacer dioses; y esto precisamente es lo que pretendéis. Criar hombres con una libertad de que no pudieran abusar, es criar hombres con una libertad infinitamente perfecta, con una inteligencia infinitamente perfecta, con un ser infinitamente perfecto. ¿Y qué cosa es un ser infinitamente perfecto? No es otra cosa mas que un dios. Y Dios es uno ó no es: ó existe por sí mismo ó no existe.

Al afirmar esto, no negamos, sino que reconocemos la omnipotencia infinita de Dios. Poder hacer lo malo, poder hacer lo absurdo, no es ni filosófica ni moralmente poder, sino defecto y falta de poder. Dios no puede hacer lo malo, Dios no puede hacer lo absurdo, pero no por eso deja de ser omnipotente; por el contrario, podria decirse que es más omnipotente, porque no puede hacer lo absurdo ni lo malo, si en lo infinito cupiera graduacion. No puede engañar; no puede faltar á la verdad; no puede hacer que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; que lo que ha existido no haya existido. No puede hacer lo malo, porque el mal es una imperfeccion. No

puede hacer lo absurdo, porque lo absurdo es la nada, es decir, la negacion de todo ser y de toda perfeccion. Y Dios es el sumo bien, la plenitud del ser y la perfeccion suprema. Estos límites de la omnipotencia infinita son negativos; y por lo mismo son nada y nada pueden limitar. Si pudieran considerarse como verdaderos límites, no seria omnipotente Dios, sino bajo la base de que fuera posible que dejara de ser omnipotente; lo que, si bien se pueda escribir por cualquiera mano que haya sido adiestrada en las escuelas, no se puede imaginar por ninguna inteligencia, por roma y salvaje que se la suponga.

No debió criarlo, insistís en decir, si sabia que abusaria de su albedrío (1). Esto sí que es poner verdaderos límites a la omnipotencia de Dios, encadenar su voluntad y pretender que el torrente de su fecundidad creadora se estanque, por decirlo así, en el hueco de una mano, y no lleve las expansiones de la vida en su curso por los espacios infinitos. ¡No debió criarlo, si sabia que abusaria de su libertad! Reflexiónese sobre lo que se dice: estúdiense concienzudamente las razones á cuyo peso se huyen mañosamente las espaldas, ántes de entregarse á

(1) "Ilustracion espirita," núm. 30, año IV, Mayo 1.º da 1872.

los trasportes de hilaridad de un triunfo, en qué no se cree, pero del que se hace alarde, con el fin de ocultar la impotencia en que se está de triunfar en buena lid (1).

(2) Llama la atención que los redactores de la "Ilustracion," que esquivan los argumentos más contendentes contra su sistema, se empeñan, siempre que no pueden salir de la estrechez en que los ponen nuestras razones, en repetir que *contestemos categóricamente, que dejemos las evasivas*. El ardid es bien conocido. Declamando de esta suerte, no es remoto que algunos incautos crean que sus objeciones son irresolubles; pero ellos no quedarán satisfechos en su conciencia, de que dicen la verdad. Hemos cuidado, al tratar de la presciencia divina, de dar al argumento que en ella se funda, más fuerza que la que de contrario se le ha dado; no hemos huido el cuerpo á ella. No merecemos que se nos eche en cara semejante reproche. Habiamos dicho el domingo que el argumento que examinamos todavía y sobre el cual vuelve la "Ilustracion" desentendiéndose de lo que le reduce á ceniza, era de aquellos que por lo mismo que probaban mucho nada probaban; y retorcimos el raciocinio contrario así: Dios sabia que el hombre haria el mal, luego no debió criarlo. Los espiritistas reconocen la verdad del antecedente, pues no niegan la existencia del mal moral, ni la presciencia divina. Luego en concepto suyo, Dios crió al hombre, de quien sabia haria el mal, con injusticia. Y como esto es absurdo, igualmente absurdo es inferir que Dios fué injusto en criar al hombre, del hecho de saber que se perderia. Ni una palabra se dice, siquiera por cortesía, sobre este argumento. Se pasa sobre él como sobre brasas. ¡Paciencial